

En lo que principalmente debe intervenir el maestro durante las horas de recreo es en ordenar los juegos, en evitar los daños que puedan ocurrir, y en que reine entre todos los discípulos completa amistad y armonía. El orden tiene la misma aplicación en la clase que en las diversiones, y tan fácilmente se observa en un punto como en otro. Lejos de disgustarse los niños de la regularidad en los juegos, la apetecen y la buscan por los medios que están al alcance de su limitada inteligencia. El descontento general que manifiestan cuando falta alguno á las reglas establecidas, las penas que imponen por estas mismas faltas, es la mejor prueba. Por lo general, si alguno se separa del orden señalado, más bien depende de su torpeza ó poca experiencia que de su voluntad. Lo que desagrada á los niños es el orden llevado más allá de los límites regulares, porque introduciendo la monotonía, desanima y ahoga la actividad individual. No menos placer reciben con los consejos del profesor dirigidos á enseñarles los medios de practicar los ejercicios corporales con facilidad, sin riesgo y sin fatiga. Tienen bastante discernimiento para comprender las ventajas que de esto les resulta y se someten con placer á los preceptos é indicaciones del maestro. Por lo que hace al buen trato y la unión y concordia entre los niños, deben desterrarse los juegos que puedan dar motivo á disputas, quejas, injurias, y separar á los que se dejan llevar de la cólera. Tampoco debe consentirse que los mayores ejerzan ningún género de tiranía en los niños, ni los fuertes en los más débiles, ni que se pongan apodos, ni que ningún discípulo sea el juguete ó pasatiempo de sus compañeros.

Pero al mismo tiempo que cumple el maestro con los deberes que le impone la educación física, puede estudiar y corregir en caso necesario el carácter de sus discípulos. En ninguna circunstancia se manifiesta más espontáneamente el carácter de los niños que durante los juegos, cuando no se les priva de la conveniente libertad, y el mismo recreo es un medio de modificarlo. En los juegos se suaviza la aspereza del carácter, se corrige la susceptibilidad, se templa la violencia, se pierde la timidez por las relaciones francas y amistosas que se establecen, especialmente cuando interviene el profesor, aunque sea indirectamente, en el recreo de sus discípulos.

CAPITULO IV.

EDUCACIÓN INTELECTUAL.

§ I.

Su objeto.

Suele darse grande importancia á la adquisición de conocimientos en las escuelas, y se cuida poco de la cultura de las facultades del alma, efecto de que la instrucción adquirida se comprueba fácilmente, y no está al alcance de todos el comprender el desarrollo intelectual de los niños, y menos su utilidad en los asuntos comunes de la vida, y en la conducta y bienestar del hombre. Al visitar las escuelas, y en los exámenes públicos, lo común es preguntar á los discípulos sobre las lecciones explicadas, que es lo que debe ser cuando se trata de formar idea de los conocimientos; mas á nadie se le ocurre, ni acaso el profesor lo permitiría, se interrogue á los niños, como se practica en la escuela de párvulos, sobre asuntos comunes, que, sin haber sido objeto de enseñanza directa, están sin embargo al alcance de los discípulos, quienes en el modo de contestar manifiestan el mayor ó menor desenvolvimiento de la facultad de pensar. Así la inspección ó el examen no versa sino acerca de uno de los cuidados del maestro, de mucha importancia sin duda, pero olvidando completamente el de mayor interés. Sin rebajar en lo más mínimo las ventajas de la instrucción, no puede desconocerse que es un instrumento, un auxiliar de que nos valemos en mil casos frecuentes y comunes de la vida, ahorrándonos la molestia y evitando los males que resultarían de tener que acudir cada momento á personas extrañas para confiarles nuestros propios intereses y hasta nuestros mismos secretos. No hay duda que estos conocimientos son inapreciables, pero es menester convenir también que no aprovechan sino en casos determinados, y que para la perfección del hombre es necesario disponerle á obrar por sí con acierto en todas las circunstancias de la vida. ¿De qué le serviría, en efecto, saber leer, escribir y otras materias, si en mil situaciones distintas no sabe pensar, y se deja seducir por errores que comprometen su fortuna y su salud? ¿De qué le serviría tener ciertos conocimientos elementales, si por no haber desarrollado las facultades de su inteligencia se entrega á la disipación, á la embriaguez y á otros vicios que arruinan sus intereses y sus fuerzas físicas, y le exponen á funestos extravíos? Después del cumplimiento de sus deberes morales y religiosos, las faculta-

des de la inteligencia son el primero y principal elemento de su bienestar. El que no las perfecciona suficientemente se ve privado en mil ocasiones hasta de las ventajas de los mismos conocimientos adquiridos, cuando por el contrario su cultura suple á veces la falta de instrucción.

Esta perfección de las facultades mentales, que consiste en su desarrollo bien entendido, constituye el objeto de la educación intelectual.

Para el desarrollo del entendimiento conviene observar ciertas reglas que se desprenden de las mismas leyes á que está sujeto. El orden de generación, ó el orden con que aparecen las facultades en el niño, el estrecho enlace que existe entre ellas, el mayor ó menor grado de importancia de cada una, son circunstancias que no deben nunca perderse de vista.

El desarrollo natural del entendimiento humano empieza por la percepción sensible. Desde muy pronto da señales el niño de tomar noticia de las impresiones causadas por los objetos exteriores, así que en los primeros meses de la vida dirige su vista hacia la luz, que excita su sensibilidad, al parecer de una manera agradable. Atiende á los objetos que le impresionan, porque sin esta circunstancia no sería posible formarse idea, si quiera imperfecta, de los objetos; aunque la atención sea fugaz y rebelde, se manifiesta también desde luego en la infancia. Viene después la memoria, que conserva las ideas adquiridas; sigue pronto la imaginación, facultad íntimamente relacionada con la anterior, y por último, se desarrolla el juicio y raciocinio. Llevando hasta un rigor excesivo el orden de generación de las facultades que acabamos de exponer, considérase la memoria como el principal y el único de nuestros poderes intelectuales que conviene cultivar en la niñez, dejando para más tarde el ejercicio de la imaginación, y reservando el desarrollo de la razón para edad más avanzada. De este rigorismo resulta que el estudio de las escuelas se reduce á estudio puramente de memoria, aun tratándose de la aritmética y de la gramática, que no puede ser provechoso sin la intervención del juicio y del raciocinio. Mas si es exacto que el orden de la aparición de las facultades mentales tiene lugar siguiendo la marcha indicada, no lo es menos que en la edad en que se concurre á las escuelas ha empezado el desenvolvimiento de todas las facultades, y que todas deben ejercitarse en la esfera ó en los límites convenientes.

No juzgan los niños acerca de los mismos asuntos que los hombres, porque ni les interesan, ni se hallan al alcance de su comprensión; pero los niños juzgan á su manera. Obsérveselos durante los juegos, y no podrá ocultarse cómo ponen en acción todas las facultades del entendimiento. Cuando un objeto les interesa, lo examinan con detención; cuando un acontecimiento cualquiera excita su curiosidad, se fijan en las circunstancias que lo acompañan, y lo refieren á sus compañeros con exactitud; cuando hablan de sus juegos y distracciones, disputan, se hacen objeciones; en fin, deducen consecuencias y juz-

gan y raciocinan dentro de cierto círculo. La conducta que observan con las personas que los vigilan ó ejercen alguna autoridad sobre ellos, es otra prueba de esto mismo. El llanto de los niños, aun antes de saber hablar, para que satisfagan sus caprichos y exigencias, manifiesta hasta la evidencia que el niño piensa, porque cuando está convencido que este medio no conduce al fin que se propone, desiste de él. Un niño mimado llora siempre que no se le da lo que apetece; pero el que dirigido por una persona ilustrada ha tenido lugar de advertir que el llanto no conduce á la consecución de sus deseos, ó no pide más que las satisfacciones naturales, ó se vale de otros recursos para conseguirlo. Obsérvese además cómo estudian el carácter de los padres y de los maestros para aprovecharse de sus debilidades, y será preciso convenir en que todas las facultades del entendimiento se ejercitan muy pronto. En esto precisamente se funda la introducción en las escuelas de ciertas enseñanzas que se creía imposible explicar con provecho á los niños de corta edad, y no obstante ha demostrado la experiencia todo lo contrario.

Así, haciéndonos observar la misma naturaleza todas las facultades intelectuales en acción, parece que nos invita á cultivarlas simultáneamente para que haya entre ellas la necesaria armonía de que proviene su verdadero valor y fuerza. Es un hecho incontestable que las facultades que no se desenvuelven en tiempo oportuno quedan como aletargadas, y toman una dirección viciosa, porque si puede adquirirse conocimientos con mayores ó menores esfuerzos en todas las edades, no sucede lo mismo con la cultura de las facultades de la inteligencia, que una vez pasada la época de su natural desarrollo, no salen por lo común del estado de decaimiento y torpeza en que se han dejado permanecer. El estudio de memoria, de que tanto se ha abusado en las escuelas, produce aversión notable á los trabajos intelectuales, é imposibilita el ejercicio del pensamiento, tanto en los asuntos comunes de la vida, como en los estudios posteriores á que se dedican los niños en los institutos, las universidades y las escuelas especiales. ¿A qué se debe sino al desarrollo exclusivo de la imaginación, el desprecio injusto de que han sido objeto en España las ciencias exactas y de observación? El encanto y los goces que son efecto del ejercicio de esta facultad mal dirigida ó exclusivamente desarrollada, hacen insoportables los trabajos severos del juicio y el raciocinio; y de aquí el descuido, cuando no la repugnancia, á los estudios filosóficos. De la misma manera pudiéramos discurrir acerca del desarrollo aislado de las restantes facultades, deduciendo de todo la importancia y la necesidad de perfeccionar simultáneamente todas ellas.

Entre estas facultades, la de mayor utilidad y aplicación es el juicio, como instrumento general y condición necesaria para la vida intelectual y moral. El juicio es la guía más segura del hombre en el arreglo de su conducta moral, y en la provechosa aplicación de sus talentos y disposiciones intelectuales en las

diversas circunstancias de que ha de hallarse rodeado en este mundo. La imaginación, sin el contrapeso del juicio, conduce á funestos extravíos; la memoria sólo aprovecha para hacer resaltar la ignorancia; el raciocinio, aunque ajustado á las leyes de la lógica, desprovisto de sentido común, de proposición en proposición nos lleva de un error á otro. Pero si el juicio es bajo este concepto la facultad más importante, y ha de acompañar inseparablemente á las demás, no puede ejercerse sin el auxilio de las otras. La exactitud y prontitud en el juicio suponen una sensibilidad viva, una memoria fiel y pronta á reproducir las ideas que conserva como en depósito una imaginación desarrollada, y en todas circunstancias una atención fuerte, penetrante y sostenida.

Hay tal encadenamiento entre todas las facultades, es tan necesario el auxilio de las unas para la cultura de las otras, que no se logra el desarrollo completo de ninguna de ellas sin cultivarlas todas; y si alguna parece más provechosa por sus aplicaciones, todas tienen igual importancia en cuanto no pueden ejercerse independientemente.

No porque sea indispensable desarrollar todas las facultades simultáneamente, es preciso ni conveniente cultivarlas en igual grado. Concretándonos á la educación primaria, que es nuestro objeto, lo que importa principalmente es ejercitar el juicio, y subordinar á esta facultad todas las demás. Debe atenderse con esmero á la perfección de todas; más en cuanto sirven á ejercer con acierto la facultad de juzgar, preparándole los materiales necesarios al efecto. Así que, en la educación popular, la atención, la memoria y la imaginación tienen su valor en cuanto suministran ideas que por medio del juicio conducen al descubrimiento de la verdad. De esta manera se habilita al discípulo para que, cuando al entrar en el mundo esté precisado á obrar por sí, sin más guía que su propia prudencia, sea capaz de procurarse su bienestar de una manera útil y honrosa, como operario inteligente, como padre de familia y como miembro de la sociedad en que tenga que vivir. El desarrollo especial de alguna de las facultades corresponde á la educación particular. Para el estudio de las matemáticas se requiere mucho ejercicio de la atención y el raciocinio; al orador es indispensable gran fuerza de raciocinio y una imaginación rica y fecunda, y por este orden predomina una ú otra de las facultades en los demás destinos ó profesiones. Los que se dedican á los trabajos mecánicos encontrarán recursos de gran interés en el desenvolvimiento de su inteligencia; no obstante, la cultura especial de algunas facultades pudiera inspirarles aversión á sus ocupaciones habituales y hacerlos infelices.

Por último, tanto el desarrollo de la inteligencia como los conocimientos que se comuniquen á los niños han de encaminarse á infundirles ideas morales y religiosas, y á trazar la marcha de una conducta completamente ajustada á sus deberes. La instrucción, talento y todas las fuerzas físicas é intelectuales del hombre son dones funestos cuando no se someten al

imperio de la conciencia. Por eso en la elección de los ejercicios han de preferirse siempre los que dispongan á ejercitar el discernimiento moral. Se habitúa al niño á recogerse en sí mismo, á observarse, á fin de que, aprendiendo á estudiarse y conocerse, y formando idea del juego de sus pasiones, de las cualidades que constituyen su carácter, de los medios de modificarlo, adquiera capacidad y disposición para corregir sus faltas y perfeccionarse. Cuando no se habitúa en la niñez á oponerse por medio del recogimiento de su alma á las seducciones continuas del mundo exterior, difícilmente adquirirá después el hábito de meditar sobre las miserias de la vida, práctica esencial del cristiano.

§ II.

Medios de desarrollar las facultades intelectuales.

Después de las reflexiones generales expuestas acerca del desarrollo de las facultades del entendimiento en general, estudiaremos los medios de dar á cada una la cultura conveniente.

PERCEPCIÓN EXTERIOR. Cualquiera que sea la opinión adoptada acerca del origen de las ideas, fijando la atención en nosotros mismos, advertimos desde luego que es infinito el número de las adquiridas por medio de la percepción exterior, y de consiguiente que esta facultad forma una de las bases de la verdad y de la seguridad del juicio. Más aún: la misma observación nos demuestra que la percepción exterior es el medio principal y casi exclusivo de enriquecer nuestro entendimiento en los primeros años de la vida. Apenas puede nuestra mente penetrar en su interior durante la niñez para estudiar las operaciones del alma, y aun en la edad adulta no nos es posible apreciar sus actos, sino por la comparación que establecemos con lo que percibimos por los sentidos. Para ejercer esta facultad está dotado el hombre de ciertos órganos especiales que se encargan de recibir las impresiones de los objetos exteriores, haciéndolas pasar al alma. Cada una de las propiedades de los cuerpos tiene su órgano especial por donde ser conocida; de modo que la falta ó imperfección de cualquiera de ellos nos priva del conocimiento de determinadas cualidades de los seres del mundo exterior. De la importancia de estos órganos para la percepción sensible se deduce, pues, naturalmente, la conveniencia de empezar el desarrollo de esta facultad por el ejercicio de los sentidos.

Aunque estos órganos pertenecen al cuerpo, su desarrollo es á la vez objeto de la educación física y de la intelectual, y principalmente de esta última. La perfección de los sentidos se atribuye por lo común al ejercicio y al hábito, citándose como hechos comprobantes la finura del ciego en el tacto, y la perspi-

cacia de éste y los demás sentidos en los salvajes. Los ciegos distinguen con mucha exactitud ciertas cualidades de los objetos, cuya apreciación depende principalmente de las impresiones recibidas por los órganos de la vista y el oído. Los malayos, según Forster, percibían entre las hojas de los árboles más frondosos pájaros sumamente pequeños, que ni él mismo ni los que le acompañaban lograron distinguir. Levaillant dice que los hotentotes reconocen la dirección que han tomado los elefantes por la huella que dejan impresa, enteramente imperceptible para los europeos; y que, acostándose boca abajo, descubren con exactitud el paraje donde se hallan las aguas subterráneas, sin más indicio que la exhalación aérea y sutil que de ella se desprende. Otros varios hechos análogos á estos, referidos por los viajeros, confirman la perfección de los demás sentidos entre los salvajes; y nosotros mismos podemos observar la finura de la vista de un marino, la del oído de un vigía, etc. Comte nos explica satisfactoriamente la razón de estos hechos; y de consiguiente nos manifiesta los medios que pueden emplearse en la educación de los sentidos. «Muchos pueblos indígenas del Cabo de Buena-Esperanza, dice, se distinguen por la finura de la vista, oído y olfato, y por la velocidad con que recorren espacios considerables; pero ¿cuáles son las cosas que ven y oyen mejor que los pueblos civilizados? Ven las huellas de los animales que les sirven de alimento, ó las de aquellos cuya voracidad ó fuerza les inspiran temor; oyen los sonidos que pueden anunciarles la presencia de un enemigo ó una víctima, y perciben asimismo los olores que les sirve para este fin. Moradores de un país escaso de agua, discernen los vapores que exhala la que corre subterránea. Es este un conocimiento que la necesidad les ha hecho adquirir. Si ríos abundantes lo hubieran regado, jamás les pasaría por el pensamiento observar los indicios menos perceptibles que anuncian la proximidad del agua. Obligados á perseguir á los animales en sus cárceles, llegan á ser ágiles corredores; nunca tuvieron semejanza habilidad, si habitando en una estrecha isla hubiesen tenido que vivir de la pesca. Infírese, pues, que estos pueblos saben ver, oír y oler aquellas cosas que han visto, oído y olfateado durante toda su vida, y que por nuestras circunstancias particulares jamás nos llamaron á nosotros la atención.»

De acuerdo también con la opinión de Comte, que á nuestro entender lo está también con la experiencia, añadiremos que la sutileza de los sentidos de los salvajes no depende de la perfección de los órganos físicos, sino del hábito de fijar la atención al examinar los objetos; hábito adquirido en fuerza de repetir los mismos actos por necesidad. Si la sutileza dependiese de los órganos físicos, claro es que el que percibiese con claridad un objeto por el órgano de la vista, por ejemplo, distinguiría y apreciaría con igual exactitud todos los demás que se hallasen en circunstancias análogas, y los hechos manifiestan lo contrario. Los que distinguen con facilidad algunos objetos por medio de la vista, el oído, el tacto, no son capaces de apre-

ciar otros en condiciones idénticas, valiéndose de los mismos sentidos, por falta de la necesaria atención. Este es el motivo de que consideremos el ejercicio de los sentidos como más propio de la educación intelectual que de la física.

Es indudable que la perfección de los órganos de los sentidos contribuye en gran manera á percibir con más ó menos facilidad y exactitud los cuerpos sujetos á su dominio, y así lo acreditan todos los días las enfermedades de la vista, del oído, etc.; mas la mayor ó menor finura de los órganos, considerada de este modo, no es objeto de la educación, sino de la medicina. Lo único á que alcanza la educación física para perfeccionar los órganos de los sentidos, es facilitar el movimiento de los músculos á que están adheridos, para dirigirlos con prontitud á los objetos, y para colocar los órganos en la posición conveniente para recibir las impresiones. Por lo demás, las ideas adquiridas por los sentidos son tanto más exactas cuanto mayor sea la actividad de nuestro espíritu, es decir, cuanto mayor sea nuestra atención.

De todos los órganos de los sentidos, la vista y el oído son los más importantes para la educación intelectual, y cuya cultura es más fácil en las escuelas. A falta de la vista adquiere el tacto grandísima importancia; pero tanto este sentido como los del gusto y olfato tienen principal interés en determinadas profesiones, y corresponden, por lo tanto, á la educación especial.

Hay mil medios distintos en manos del maestro para ejercitar la vista de sus discípulos durante las lecciones de la clase. La posición, la forma, el tamaño, la dirección, los detalles de los objetos que están á la vista del niño, ofrecen de continuo ocasiones á propósito para ejercitar este sentido. El libro que lleva en la mano, la mesa que tiene delante, el cartel suspendido en la pared, las ventanas de la sala, todos los objetos, en fin, pueden dar motivo á preguntas por parte del maestro, propias para fijar la vista de los niños y habituarlos á mirar con atención, haciendo que lo mismo que sirve comúnmente para distraerlos, aproveche para acostumarlos á examinar las cualidades de los cuerpos que puedan apreciarse por la vista. Fuera de estos medios de poca aplicación en las escuelas numerosas, todas las lecciones de la clase se prestan al mismo fin sin interrumpir los ejercicios ordinarios. La práctica de la lectura contribuye poderosamente al desarrollo de la vista sin advertirlo el niño y acaso el maestro, porque para leer es del todo indispensable fijar fuertemente la atención para distinguir los signos de los sonidos, ya cada uno de por sí, ya combinados, en una mirada, rápida y pasajera. La escritura y el dibujo lineal, obligando al niño á estudiar la forma, la situación y á medir las distancias y apreciar las proporciones de los modelos para copiarlos fielmente, contribuye asimismo á la educación de la vista. El maestro experto sabe aprovechar todas las ocasiones, y los niños adquieren el hábito de mirar con atención, que es de mucha utilidad en la vida.

La lectura contribuye también á la educación del oído, que no consiste sólo en discernir los sonidos, sino en apreciar los tonos, la expresión y las infinitas inflexiones de que es susceptible la voz. La delicadeza del oído influye notablemente en la buena pronunciación, así como la pronunciación contribuye al desarrollo del oído. La conversación, pues, así como la lectura, pueden servir para desarrollar el sentido de que se trata, y principalmente el canto que tiene lugar en ciertos actos de la escuela, y más aún la música, si estuviese en práctica su enseñanza.

ATENCIÓN.—Como acaba de demostrarse, no hay percepción posible sin la actividad del espíritu, es decir, cuando no se atiende. Por la atención nos damos cuenta de las impresiones de nuestro espíritu, las transformamos en sensaciones, en percepciones, en imágenes, las conservamos y las reproducimos, y asimismo las convertimos en nociones é ideas. La atención es lo primero que revela al exterior la actividad de nuestra inteligencia y el principio de todas las operaciones del entendimiento. Cuanto más enérgica, continua y sostenida sea esta facultad, tanto más provechoso será el ejercicio de las otras, y más provechoso el trabajo ulterior del pensamiento, cuyos primeros materiales son las percepciones sensibles.

La enseñanza es completamente estéril cuando no sabe el maestro atraer y cautivar la atención de los discípulos; de consiguiente, tanto por la instrucción, cuanto por el desarrollo intelectual, es un deber importantísimo excitar, sostener, dirigir y fortalecer la atención.

Aunque esta facultad acompaña á todas las de la inteligencia en su ejercicio, tarda mucho en adquirir la robustez y vigor de que es susceptible. Se manifiesta en el niño desde que adquiere las primeras ideas; pero permanece mucho tiempo rebelde por los esfuerzos que exige. Así se explica el que los niños pasen la vista por muchos objetos, y oigan distintos sonidos sin ningún provecho para su inteligencia, por falta de atención. Afortunadamente, á pesar de los esfuerzos que exige, es fácil excitarla por el deseo de saber, tan natural al hombre, y por la curiosidad, tan viva en los niños, una vez que se les haga salir de la indiferencia y apatía que proviene de dejar abandonada á sí misma su inteligencia.

No hay objeto ni acción alguna que no se preste á despertar la curiosidad del niño, siendo de advertir que los objetos y acciones más comunes y familiares, los que están en relación más inmediata con él, promueven con mayor fuerza el deseo de conocerlos, y le obligan á preguntar con más interés y gusto por las cualidades que desea distinguir. Satisfaciendo la curiosidad se aumentan sus exigencias, porque la necesidad de saber se hace imperiosa cuando se empieza á comprender las cosas en parte. Por eso conviene hacer entrever al niño las cosas que es capaz de apreciar por sí mismo, pues que excitada fuertemente de este modo su curiosidad, hace esfuerzos de atención para comprender lo que no distingue en el primer momento.

Siguiendo esta marcha, el niño, para el cual todo es desconocido, pregunta sin cesar acerca de todo cuanto le rodea, una vez que se le haya sacado de la indiferencia con que atiende en un principio por efecto de su misma ignorancia. Las preguntas más frívolas al parecer, son de mucho interés para el que todo lo ignora, y el maestro no debe negarse á satisfacerlas con claridad, sencillez, concisión y gusto, excitándole á preguntar de nuevo sobre objetos y cualidades más importantes y profundas gradualmente. Mas es preciso tener gran cuidado en dirigir la curiosidad para no dar motivo á preguntas indiscretas é importunas, teniendo mucho tacto en contestar á las de esta clase de una manera evasiva, que no despertase más la curiosidad del niño acerca del asunto ú objeto que no fuera prudente darle á conocer.

La sorpresa y el placer contribuyen asimismo á excitar la atención. Todo lo que admira el niño le sorprende por las vivas impresiones que produce en su alma, y le fuerza á fijar en ello su atención. La novedad, tan fácil de introducir en las lecciones explicadas á los niños cuyas ideas están limitadas á un estrecho círculo, es uno de los medios continuos de causar la sorpresa; pero debe usarse con parsimonia para no habituar al niño á buscar las emociones fuertes, mirando con indiferencia todas las demás. Las impresiones agradables excitan también la curiosidad por el placer que producen. La disposición de la escuela, la variedad de ejercicios, la forma de las lecciones, las láminas que cubren las paredes de la sala, todo esto conduce á hacer agradable la permanencia en la clase, y todo contribuye á fijar la atención de los niños.

A los medios de desenvolver la atención es necesario añadir los de sostenerla y cultivarla haciendo interesantes las lecciones, porque demuestra la experiencia que la atención con que miramos las cosas está en razón del interés que nos inspiran. Los adelantamientos y progresos de los discípulos les hacen ver más claramente de lo que se cree la utilidad del estudio. Cuando el niño aprecia los resultados de sus esfuerzos y trabajo, se dedica á él con gusto y placer. En esto consiste, pues, el secreto. En vez de las lecciones insustanciales, fuera del alcance de su comprensión, conviene ocuparle en estudios cuya aplicación comprenda, haciéndole notar todos sus progresos y la utilidad de que pueden servirle, por insignificantes que sean. Los discursos y explicaciones del maestro acerca de la utilidad de la instrucción vale menos que poner al discípulo en el caso de aplicar, ó por lo menos de hacerle ver, la aplicación útil y provechosa de los conocimientos que posee. Las lecciones de lectura, tan largas, monótonas y desagradables, cuando se reducen á frases y palabras sin significado, se hacen interesantes cuando al mismo tiempo que sirven de ejercicio en el arte de leer, aprovechan para adquirir ideas comunes y familiares de utilidad general, que se complacen los niños en retener en la memoria. Así, no sólo tienen éstos gusto en el estudio por el provecho que sacan de la instrucción, sino que empiezan á disfrutar de los

verdaderos y puros goces del ejercicio de las facultades intelectuales, y se habitúan á estudiar con atención.

La atención requiere tanto mayores esfuerzos cuanto más dificultades ofrece el estudio. En la niñez, especialmente, en que tenemos menos ideas, los esfuerzos para sostener la atención son más penosos, y por tanto es menester cuidar con mucho esmero de no fatigar á los niños, ayudándoles en el estudio, y sobre todo variando prudente y acertadamente el trabajo. «Por más que nos entreguemos á muchas ocupaciones, dice Quintiliano, recobra su vigor nuestro espíritu cuando lo aplicamos á un objeto nuevo. La lección continua de un mismo maestro por espacio de un día agotaría las fuerzas de la inteligencia; pero el cambio basta para renovarlas, de la misma manera que la variedad de manjares excita el apetito y quita el hastío.» Por eso es de tanto interés la buena distribución del tiempo y el trabajo en las escuelas. Un ejercicio demasiado largo cansa y fatiga la atención más tenaz é inspira aversión al estudio: cuando empieza el niño á disgustarse, en vez de serle provechosa la lección aumentan por grados las dificultades á medida que pasa el tiempo. No es extraño que en las escuelas donde se obligaba al niño á pasar tres horas con el silabario ú otro libro en la mano, y en las que por desgracia se sigue todavía semejante práctica, se ahogue la actividad intelectual del niño, tenga éste repugnancia á los libros, y termine sus estudios al cabo de años y años sin haber cultivado su inteligencia y sin haber adquirido instrucción alguna; por el contrario, cuando las lecciones son de corta duración se pasa de un ejercicio á otro antes de fatigarse, y el nuevo trabajo sirve como de descanso y recreo del anterior, porque la novedad que presenta hace fijar la atención con placer. Cuando no hubiese otro motivo, sería éste suficiente para que las clases de las escuelas elementales fuesen generales, y todos los niños participasen de la enseñanza de todas las materias del programa en el grado conveniente, estableciendo así una variedad que, lejos de perjudicar á la inteligencia, como creen algunos, sostiene constantemente la actividad del espíritu sin violencia, á lo cual debe aspirar el maestro.

Una vez habituado el niño á la atención, estudia con placer, porque ve pronto el resultado de sus esfuerzos, y de este modo fortifica y robustece insensiblemente la facultad de que tratamos.

La intuición, en cuyo principio se fundan los métodos de Pestalozzi, no es en realidad otra cosa que la aplicación de la facultad de atender, distinguir y determinar todas las circunstancias de los objetos que se presentan á nuestros sentidos. Concentrándose la atención en el examen de estos objetos, los observa bajo todas las circunstancias, los descompone, los ve en sus detalles y en el conjunto, distingue las relaciones que existen entre sus partes, y proporciona á la inteligencia percepciones exactas y completas. Así se acostumbra el niño á darse cuenta de todo lo que ve, juzga después con acierto, y adquiere conocimientos útiles.

Infiérese de todo que la atención tiene su origen en el deseo de saber, natural al hombre; se excita por la curiosidad, la sorpresa y el placer; se sostiene y cautiva por el interés y provecho que proporciona, y se fortifica y robustece por el hábito.

MEMORIA. Al mismo tiempo que la cultura de esta facultad ocupa un lugar preferente en la enseñanza de los niños, hasta con detrimento de los demás poderes de la inteligencia, el desarrollo de la memoria, según opinión bastante general, supone falta de juicio. Lo más extraño es que los mismos que la ejercitan con especial cuidado participan de este modo de pensar, incurriendo en una contradicción manifiesta. Mas esto depende del modo de ejercitar esta facultad. Siendo instintiva más bien que voluntaria en su origen, se manifiesta pronto en la infancia y se desarrolla fácilmente. Los padres se complacen en oír recitar á sus hijos relaciones cortas, cuyo estudio halaga á éstos por lo fácil y por las caricias y elogios que les vale una habilidad que nada tiene de extraordinario ni sorprendente para el que conoce las leyes del entendimiento humano. Idéntica causa produce los mismos resultados en las escuelas, y los maestros, que á poco trabajo consiguen notables progresos y logran un lucimiento aparente, pero deslumbrador, en los exámenes públicos y otros actos, abusan de la memoria de sus discípulos, obligándolos á aprender lecciones de Historia Sagrada, Urbanidad, Gramática, etc., con grave perjuicio de la inteligencia. Empiezan los niños por aprender palabras sin significado alguno para ellos, ya porque no se les explica, ya porque es superior á su desarrollo intelectual; y esta práctica, ensayada por los padres y repetida por los maestros, desenvuelve notablemente la memoria de palabras y los habitúa á no darse cuenta después de lo que aprenden. Cuanto mayor es el desarrollo que alcanza, tanto menor es el ejercicio de las demás facultades; de consiguiente, tanto más difícil es hacer uso de ellas; y así nada tiene de extraño que el que posea esta clase de memoria tenga poco desarrollada la facultad de juzgar.

Confiar á la memoria una verdad de raciocinio ó de sentimiento antes de someterla á las facultades que naturalmente deben apreciarla, es invertir el orden de las cosas, pues que los signos carecen de valor cuando no representan ideas, y sólo cuando se comprenden las ideas deben retenerse los signos que sirven para expresarlas: hacer otra cosa es habituar á los niños á que se paguen de palabras, como suele decirse. Los principios recomendados actualmente para la educación y enseñanza de la niñez, excluyen el estudio de palabras desprovistas de sentido; pero esto mismo, mal entendido, es causa de que por huir de un extremo se vaya á parar al opuesto, y se descuide completamente el ejercicio de la memoria. Se rechaza el error de cultivar exclusivamente esta facultad, y se admite el otro de que perjudica al juicio, siendo así que es tan funesto como el primero. Verdad es que un hombre de escaso juicio puede disfrutar de una memoria feliz; mas esto no prueba que la memo-

ria perjudique al juicio, sino que estas son dos facultades distintas, pues de otra manera se excluirían siempre, y la experiencia demuestra lo contrario muy repetidas veces. La mayoría de nuestros juicios no versan sobre impresiones del momento; por tanto, para juzgar con exactitud es necesario que la memoria nos conserve fielmente la imagen de las cosas, de que se infiere que la memoria es condición indispensable para la rectitud del juicio.

La memoria, por su propio carácter de conservadora y depositaria de nuestras ideas, pensamientos, juicios, raciocinios y conocimientos, y de reproductora de los mismos en las circunstancias oportunas, es de inmensa utilidad para la cultura intelectual. Los maestros pueden sacar mucho partido de esta facultad, cuando no se abusa de ella en la enseñanza y educación, á cuyo fin conviene estudiar sus cualidades y los medios de cultivarla.

La memoria presenta variedades infinitas entre diversos individuos. En unos es activa, y en pocos momentos se apodera de las ideas y pensamientos que se propone conservar; y tarda ó perezosa en otros, no consigue retener lo que se propone sino al cabo de muchos esfuerzos y trabajo. A veces aparece tenaz, y los que están dotados de esta propiedad no olvidan nunca lo que han aprendido, sea con mayores ó menores esfuerzos; mientras que cuando es ligera y fugitiva, apenas conserva los conocimientos adquiridos el tiempo empleado en comprenderlos. Aplicada á ciertos objetos es de grande energía, y sumamente débil con respecto á otros: así es, que unos se apoderan y conservan fácilmente los pensamientos de un discurso, y no pueden retener las palabras; mientras que otros, por el contrario, encuentran en la música y en la cadencia de las palabras un auxilio poderoso para retenerlas exactamente con el orden que se han pronunciado, y al cabo de algunos minutos no recuerdan los pensamientos, sino repitiendo las mismas palabras. Se observa asimismo que en algunos es muy poderosa esta facultad cuando se trata de ideas que provienen de las impresiones recibidas por la vista, y es muy fugaz para las que provienen de las impresiones del oído. Hay también memoria de nombres, de fechas, de lugares, etc. Esta variedad prodigiosa que se nota en la memoria, nos advierte la necesidad de recurrir á distintos medios para desarrollarla, según la propiedad especial que domine en la de cada individuo. A distinto género de memoria corresponde, en efecto, distinta cultura; sin embargo, conocidas las cualidades de la memoria en general, los cuidados del maestro deben dirigirse á que la de sus discípulos reúna estas cualidades, valiéndose para ello de ejercicios comunes, que en determinados casos podrán aplicarse á las circunstancias especiales de cada niño, sin descuidar á los otros. Nada más se exige ni puede exigirse al profesor de una escuela pública, obligado á distribuir el tiempo de las lecciones entre todos los alumnos, guardando la proporción conveniente.

Reputase la memoria por feliz cuando retiene pronto, con-

serva con exactitud y reproduce con facilidad las nociones y los hechos que se le han confiado. Para que los juicios que versan sobre las ideas adquiridas sean exactos, la principal condición de la memoria es la fidelidad; pero como medio de adquisición de conocimientos ha de reunir en el mayor grado posible las condiciones expresadas. Para que la memoria sea pronta, es decir, para que se apodere fácilmente de las ideas ó los hechos que debe retener, conviene que las impresiones de los objetos sean vivas ó interesantes. Las ideas de objetos sensibles interesan vivamente á los niños, y estas ideas son por tanto las que primero confían á la memoria. Si en las lecciones se cuida de producir estas impresiones, valiéndose de estampas con colores que les agraden, al explicar la Historia ú otras enseñanzas, las aprenden con facilidad y gusto, y así es como se graban en su inteligencia los conocimientos que se les transmiten. Para conservarlos con fidelidad, es también condición muy importante que sean agradables, porque lo que interesa llama fuertemente la atención, se observa bien, y rara vez se borra de la memoria. Contribuye al mismo objeto la repetición frecuente de lo que se aprende, guardándose bien de repetirlo siempre en un mismo orden, porque la memoria llegaría á ser puramente mecánica, debiendo su fuerza á la cadencia de las palabras y no á la fidelidad en conservar los pensamientos. Se encuentran con rapidez y facilidad las provisiones que guarda la memoria cuando se han depositado en ella con orden, cuando se adquiere el hábito de darse cuenta de lo que se aprende, cuando no se deposita ninguna palabra sin conocer exactamente su valor ó la idea de que es signo. Para desenvolver estas cualidades es además condición indispensable una atención fuerte y sostenida, y no confiar nada á la memoria antes de haberlo comprendido bien. Desarrollada la memoria de esta manera, se aplica con facilidad y provecho á la instrucción de los niños y no presta menos utilidad en los usos comunes de la vida.

No interesa á los maestros investigar cuál sea la acción de nuestro entendimiento al retener, conservar y reproducir las ideas, ni sería posible darles una explicación satisfactoria acerca de estos actos. Pero sí conviene mucho que tengan conocimiento de uno de los fenómenos de esta facultad, en el que está fundada principalmente, el cual servirá para comprender mejor lo explicado antes, y la distinción entre memoria de cosas y memoria de signos ó de palabras, de cuya ignorancia proviene el abuso de esta facultad en las escuelas. El fenómeno á que nos referimos es la *asociación de las ideas*.

La asociación de ideas consiste en reunir las en nuestro entendimiento de manera que la presencia de una de ellas recuerde las otras con las cuales está en relación. Resulta á veces la asociación de conocer á un tiempo ó sucesivamente varios objetos ó personas, de la semejanza ó desemejanza que existe entre las cosas ó los nombres con que se designan, ó de otras circunstancias accidentales, sin que se descubra motivo alguno fundado de relación.